

# EL SENTIDO DE LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA

*Andrea Sánchez Quintanar*

**E**n las postrimerías del milenio podemos afirmar, como Edmundo O’Gorman lo hacía en 1948: “El tiempo está muy vencido para que todo historiador, sea cual fuere su postura filosófica, haga un esfuerzo por cobrar plena conciencia de ella, y por lo tanto, del significado y alcance de su actividad cultural.” Y añadía: “Solamente se logrará este fin si se obliga a sí mismo a decir en molde lo que en conciencia se piensa”.<sup>1</sup>

Es ésta una obligación de todo aquél que labora con el intelecto, que disfruta su trabajo y que goza, pese a todo, de una situación privilegiada en esa injusta división del trabajo en la que muchos otros se empeñan, en la que encuentran una vida reiteradamente insatisfactoria.

Para el historiador implica el compromiso de “dar sentido” a su quehacer. Otorgar razón de ser a la propia actividad vital implica no sólo una justificación utilitaria, sino acatar el fundamento de su actuar para convertirlo en norma de conducta y sustento teórico para cada uno de los aspectos, las afirmaciones y los actos que constituyen su trabajo profesional. “Así ahora, todo libro de historia debe principiar por una explicitación de lo que el autor entiende que está haciendo”.<sup>2</sup>

Hacia mediados del siglo, la importancia de la historia y su estatuto como saber consagrado en el concierto de la intelectualidad tornaba innecesaria la reflexión sobre su carácter, sentido y destino. La crisis del fin de la Segunda Guerra Mundial, la constante zozobra de la Guerra Fría, la emergencia de las jóvenes soberanías independientes de Asia y África, y aun los estallidos rebeldes encabezados por jóvenes estudiantes a fines de los sesenta parecían orientar a una nueva problematicidad el sentido de la marcha de las sociedades humanas, si es que iban a algún lado. En particular, en América Latina —ámbito que nos es más cercano y entrañable—, el avance de la Revolución Cubana, sus consecuencias rebeldes —no siempre exitosas en otros países— y otros eventos, obligaban a volver los ojos al interior de la propia realidad, pero al mismo tiempo, a la búsqueda de orientaciones teóricas que permitieran explicarla. Por ello, a fines de los sesenta, y a lo largo de los setenta, se produce en este continente un proceso de auge y consolidación del marxismo como fundamento teórico, y una amplia gama de revisiones de sus planteamientos conceptuales, que se aplicaban, con mayor o menor éxito, al análisis de los fenómenos sociales, políticos, desde luego económicos, artísticos y aun religiosos y científicos de nuestra latinoamericanidad.

Pese a ello, en el terreno del trabajo histórico, la expresión de su propio significado no siempre se hacía explícita. En ocasiones, en cambio, llegaba a ser la expresión de aquél famoso “Marco Teórico de Referencia” que maniataba, más que explicaba, la orientación del trabajo histórico que le seguía.<sup>3</sup>

Salvo contadas excepciones, el sentido, la razón de ser de una creación intelectual que se hace pública, no se manifiesta. Podemos decir, con Jean Chesneaux, que "...muy pocos historiadores comienzan sus obras tratando de definir su proyecto. Les parece evidente que se dirigen en primer lugar 'a sus iguales' (M. de Certeaux), y después al público 'culto' en disponibilidad, con buena voluntad y respeto para instruirse en los que 'hacen la historia'".<sup>4</sup>

Pocas veces, o ninguna, se piensa en aquél, o aquéllos a quienes va dirigido el conocimiento histórico. O más bien, casi nunca se contempla, entre los profesionales de la historia, el ámbito, reducido o amplio, estrecho o multitudinario, en que ese saber deba ser difundido, ni mucho menos la razón de ser de tal difusión. ¿Cuál es el sentido del estudio histórico? ¿Quiénes deben conocerlo y hasta dónde? ¿Qué sentido tiene estudiar, investigar la historia, y difundir lo estudiado o investigado? O aun la interrogante, formulada en nuestro país: *Historia ¿para qué?* Son preguntas cuyas respuestas no necesariamente se hacen presentes en los textos especializados de la investigación histórica, o en la mente de los historiadores, sino como problemas que se resuelven en el hacer mismo.

"Tratar por cuenta y riesgo propios, hasta donde den las fuerzas, de aclarar por sí mismo y para los demás, el significado de las propias actividades del espíritu es la única forma de salvación intelectual; para quien guste de concebirse a sí mismo como hombre de ciencia, es una obligación precisa".<sup>5</sup>

Es por ello que al incorporar estas páginas a la revista *Aevum*, que ahora se presenta con el doble carácter de primicia y renovación, quiero proponer lo que según mi criterio constituye el sentido de la enseñanza de la historia, para someterlo al juicio crítico de los historiadores en activo y en potencia.

Pese a lo que se piensa por hábito mental, la historia, como toda ciencia, tiene su razón de ser en el hecho de que sea conocida y utilizada en beneficio de la sociedad que produce su conocimiento, sobre todo en el mundo contemporáneo, en el que los avances científicos "...han adquirido tanta importancia que no pueden seguir exclusivamente en manos de los científicos o de los políticos, sino que deben pasar a manos del pueblo entero, para que se conviertan en algo benéfico, en vez de ser una maldición".<sup>6</sup>

Si bien comparte, en este sentido, una característica de toda ciencia, el histórico es particularmente un conocimiento que debe ser constitutivo de la condición humana. Por lo mismo, las características y peculiaridades de los procesos que propician la difusión del conocimiento histórico, deben ser objeto de estudio y análisis de quienes se dedican a producirlo: los historiadores.

Las formas, las técnicas, los métodos de la difusión del conocimiento histórico no se limitan, por otra parte, a un ámbito escolar que permita caracterizar dichas actividades como "enseñanza de la historia", en el obtuso concepto que arrumba a la historia al conjunto de conocimientos abstrusos, aburridos e inútiles que se memorizan en la "aborrecida escuela" —que menciona Serrat—, y que se olvidan tan pronto cumplen su función de "pasar el examen".

Es por ello indispensable que el historiador reflexione sobre el destino que ha de tener el producto de su actividad académica y no solamente en una concep-

ción educativa obtusamente didáctica, pedagógicamente escolar, sino en la función proyectante intrínseca a la historia misma, que trataré de enunciar en adelante.

Después de realizar sus investigaciones, de buscar en archivos insondables, de revisar abundantes fuentes bibliográficas, de contrastar varios testimonios, de registrar opiniones y restos materiales, de compararlos con sus posiciones teóricas y de sistematizarlas con arreglo a sus propuestas metodológicas, el historiador debe dar a conocer sus conclusiones, ya que no tendría sentido conservar los resultados de ese trabajo para sí. “Un conocimiento embotellado, decía Arturo Arnaíz y Freg, es altamente tóxico”.

Es un criterio común —compartido también por una mayoría de los propios historiadores—, que la forma idónea de dar a conocer los resultados de sus investigaciones es la publicación de artículos o libros, que generalmente están dirigidos a la comunidad científica de su propio grupo profesional, cuando deberían hacerse en editoriales o revistas de tanto prestigio como lo permita la ubicación del historiador en el contexto de las relaciones públicas de las ciencias sociales. Éste es el primer nivel al que habrán de aspirar a llegar todos cuantos se dedican a la Ciencia Histórica.

Otra posibilidad es la que ofrecen los especializados cenáculos de los consagrados: congresos, coloquios, simposios, foros, mesas redondas, conferencias o etcéteras que se quieran incluir, espacios todos ellos donde es posible presentar y conocer los últimos resultados de las investigaciones más recientes, y donde debe cumplirse la función, estrictamente científica y por lo mismo, necesaria, de someter al consenso de la intersubjetividad, las conclusiones que habrán de convertirse en un aporte al cuerpo de conocimientos ya vigentes.

En un tercer nivel, la docencia. Dentro de esta actividad aún existen formas diferenciales que adquieren un rango de preferencia diverso, según el lugar que ocupen en la sistematizada escala de los ciclos escolares: la preferente será, por supuesto, la que ocupan los Estudios de Posgrado, donde el historiador espera encontrar un sujeto receptor de mayor calidad, mejor formación y, por lo mismo, con mayor capacidad de respuesta a sus estudios especializados. Un análisis detenido de este nivel permitiría constatar que no necesariamente responde a estas expectativas, pero no es el propósito de este trabajo.

En el mismo ámbito se encuentran los estudios profesionales, particularmente los dedicados específicamente a la formación de futuros historiadores. Ciertamente es éste un círculo especializado pero reducido, al menos en nuestro país, donde ya existen más de quince universidades en las que la Historia conforma una carrera profesional. Se encuentran también los estudios profesionales consagrados a las Ciencias Sociales —Sociología, Politología, Antropología, Economía, otras—, más abundantes, donde la historia ocupa un lugar, importante a veces, aunque generalmente mal comprendido.

Por último, en el escalón final, en sentido descendente, se encuentra el resto de la docencia: el de los niveles medios —medio básico y medio superior— donde el historiador “viene a terminar”, cuando sus posibilidades personales no le permiten alcanzar el *status* de “investigador” o al menos, de profesor del nivel superior.

Cabe aclarar que esta consideración es la que responde a una opinión generalizada, que por supuesto no comparto, ya que como toda generalización, contiene errores, omisiones y planteamientos panorámicos que no permiten ver la particularidad de las excepciones —numerosas y notables, por fortuna.

La devaluación del trabajo docente, tanto en lo que se refiere a su consideración social como a su compensación económica es una constante que se da en el mundo capitalista, y que ha sido analizada en diversos espacios. Interesa aquí mencionar tan sólo esta condición, con el propósito de complementar una panorámica del ámbito donde el historiador realiza la difusión de su conocimiento, para entender que el análisis de esta acción o conjunto de acciones no debe contemplarse sólo desde una perspectiva pedagógica, y menos exclusivamente didáctica, sino que, dada la amplitud de variantes que presenta, requiere de un abordaje mucho más complejo, que atienda a las diversas variantes de su aplicación.

“La historia es en efecto un saber intelectual que concierne a medios muy amplios: millones de alumnos frente a su manual, de televidentes eligiendo su programa, de lectores de revistas populares, de turistas visitando un castillo o una catedral”.<sup>7</sup>

Y aún más allá, la prensa, los sindicatos, los partidos políticos, los centros de trabajo, el cine, el teatro, los templos, la familia, la vida cotidiana, en suma, son todos ellos fuentes de conocimiento histórico, sea en un sentido fáctico y concreto —aprehensión de datos—, o más bien como productores de categorías filosóficas y sociales, que condicionarán la percepción del presente y del pasado, así como de su proyección o ausencia de ella hacia el futuro.

La función del historiador no se limita, no puede limitarse, a la búsqueda del dato, la captación de los fenómenos, la interpretación de los hechos, o la explicación de los procesos, según la posición teórica y metodológica que tenga cada quien. La labor del historiador no es sólo la de investigación: “Lo investigado debe ser difundido. Renunciar totalmente a la comunicación de lo encontrado es condenar la investigación a la esterilidad”.<sup>8</sup>

Si uno de los propósitos que dan sustento a toda investigación científica es el de su entrega a la sociedad para su aprovechamiento, es éste su punto de partida, una de sus bases y, por lo tanto, fundamento de su desarrollo. Empezamos y hemos encontrado, anticipada, una conclusión: *el conocimiento histórico se construye para ser difundido*.

Y otra respuesta más, que subyace en las ya formuladas en el muy conocido conjunto de ensayos que responden a la interrogante *Historia: ¿Para qué?*, publicado por vez primera en 1980: el conocimiento del pasado, la comprensión del presente, la formación de una conciencia, e incluso una optimista visión, según la cual el conocimiento que conforma la conciencia histórica permite al individuo utilizarla para intervenir en la transformación de la sociedad. Todas éstas y otras proyecciones más, tienen como base la necesidad de que la historia *sea conocida* por amplios sectores de la sociedad. En otras palabras, para cubrir su objetivo, su razón de ser, su sentido, sea éste cual sea, el conocimiento histórico debe ser difundido.

Dicho de esta manera, la afirmación parece obvia. No lo será tanto cuando se analicen las condiciones y características con que la actividad de difusión se realiza.

Conviene desde luego precisar que el concepto *difusión*, que en ocasiones se expresa también como “divulgación” —en la Universidad Iberoamericana existe una Maestría en Enseñanza y Divulgación de la Historia—, parece intentar distinguir las formas en que el conocimiento histórico se transmite en la escuela— lo que en términos comunes se entiende propiamente como “enseñanza”—, y aquéllas en que la historia se proyecta en los ámbitos que no son escolares —cine, prensa, televisión, etcétera—, lo que parece concebirse como “difusión” o “divulgación”

Cabe señalar aquí que las diferencias que pudieran existir entre tales diversas formas de concebir la transmisión o proyección de los conocimientos y conceptos históricos son, a mi juicio, meramente metodológicas, o incluso técnicas.

En el fondo de la cuestión, podemos afirmar que todas las formas de difusión del conocimiento histórico son formas de *enseñar la historia*. En distintos ámbitos, diferentes niveles, diversas maneras, con variadas metodologías, mediante varios lenguajes, el historiador debe ser consciente de que siempre *está enseñando historia*. Lo hace, por supuesto, en la cátedra, en el aula, pero también en el artículo o en el libro, en la ponencia, en un guión cinematográfico, o televisivo, en un ensayo para una revista popular, o en una charla frente a un público no especializado. Cada una de estas formas de presentar el conocimiento histórico implican diferencias de formulación.

De cualquier manera, en cualquiera de sus variantes, todo historiador es un “enseñante de la Historia”. En la medida en que realiza sus investigaciones, construye sus versiones del pasado, arriba a conclusiones en relación con los fenómenos sociales, sabe que sus resultados serán dados a conocer en una o en otra forma. Las modalidades que adopta esa manifestación al exterior son formas de *presentar* los hechos históricos, *mostrar* la historia, *enseñar* la historia, en suma.

Dicho en otros términos, “...transmitir historia no es una posibilidad de la vida para la historia —sabios fueron los griegos al darle al objeto y a la disciplina el mismo nombre—, sino es su vocación sempiterna”.<sup>9</sup> No sólo, sino que cabe agregar: la Historia tiene como destino consustancial el de ser conocida por todos. Explicaré por qué.

## UN CONCEPTO DEL HOMBRE

Sustento la convicción de que el conocimiento histórico debe ser un conocimiento VITAL. Es decir, un conocimiento sin el cual no sea posible vivir. Tal afirmación puede parecer exagerada, puesto que no se requiere de la historia para respirar, comer, dormir y reproducirse, funciones biológicamente indispensables para la vida orgánica.

El concepto VITAL que aquí se usa, está fundamentado nada menos que en una concepción de la vida humana que se hace necesario explicar: “...la filosofía de la historia carece de base firme si no la busca en una ontología del hombre: si no es una historia de su ser”.<sup>10</sup>

No es novedosa la aseveración de que el hombre, el ser humano, no está hecho en definitiva: *se está haciendo*. Propuesta desde tiempos remotos, la afir-

mación de tal realidad fue retomada y reelaborada por Heidegger en el primer tercio del siglo presente, para convertirse en postulado ontológico básico de la filosofía del hombre: el Ser se expresa como ser en el mundo, es el Dasein, es decir, el Hombre.<sup>11</sup>

“Enseña Heidegger, refiriéndose al existir humano, que únicamente existe históricamente... *porque* tiene por estructura lo que él llama la temporalidad de la ‘cura’...; temporalidad que, a su vez, es histórica, *necesariamente*. Es decir, que el existir humano no es temporal, porque esté en o pertenezca a la historia ... sino que el existir humano es histórico, *justamente* porque es temporal”.<sup>12</sup>

Transportados a España y a Hispanoamérica por Ortega y Gasset y José Gaos, los conceptos de la filosofía heideggeriana han sido retomados por Eduardo Nicol y Edmundo O’Gorman y recreados por ellos, en diferentes pero no opuestas perspectivas, que actualizan y mantienen la vigencia de esa forma de concebir la vida humana, subyacente y no siempre reconocida como sustentación básica de la revisión filosófica y de la Modernidad y la Posmodernidad.

Puede decirse que la vida humana es el único ser del universo —al menos de nuestro planeta, hasta donde sabemos—, que se sabe a sí mismo, se hace a sí mismo y se justifica. Es decir, que tiene capacidad de pensar sobre su propio ser, tiene capacidad de construir y orientar su desarrollo y puede darse un sentido, un *por qué* y un *para qué*.

En otras palabras, “... el hombre es ... un ser que se enfrenta al entorno, a la realidad que lo circunda, para sobrevivir; pero al hacerlo se enfrenta también a sí mismo... Sólo el hombre es capaz de preguntar; sólo él se plantea problemas. Es, al mismo tiempo, el único ser que al interrogarse a sí mismo, se convierte en un problema para sí mismo; pregunta a todo y a sí mismo por su propia esencia, y con ello, trasciende la inmediatez de la realidad dada”.<sup>13</sup>

Es así que el ser humano es el ser de la autognosis: es el único ser que se conoce a sí mismo, que se piensa a sí mismo, que reflexiona sobre sí mismo.<sup>14</sup> Y ello es así porque el hombre se identifica con y se diferencia de “el otro”: se reconoce en los otros seres humanos, de su entorno, de su sociedad; es decir, en el sentido de la “otredad” de los seres que son como él, semejantes pero distintos.

El reconocimiento del hombre en otros seres debe realizarse en el espacio —en otras sociedades, culturas, razas, regiones—; pero también debe realizarse en el tiempo: en la identificación de semejanzas y diferencias, antecedentes y consecuentes que le dan su sentido vital, activo y actual. Porque... “El creador de la historia es un ser que se crea a sí mismo históricamente” ... ¿Cómo es que se crea a sí mismo? A partir de lo que está dado: “La existencia consiste en dar forma a lo recibido por herencia: herencia biológica y herencia de la cultura. Por tanto, la historia como pasado es causa contribuyente de la historia como acción actual. El ser humano tiene una genealogía: existencia es presencia actual del pasado”.<sup>15</sup>

El conocimiento de sí mismo que el hombre realiza al reconocerse en otros y diferenciarse de ellos es un discernir. Constituye un primer paso en el encuentro de la propia identidad: es la identificación de sus características propias, únicas, y de las que comparte con otros: genéricas, comunitarias, humanas. “Es la capacidad de objetivar y subjetivar”.<sup>16</sup>

Existe además otra facultad del hombre "... que es el eje de todos los diversos logros y manifestaciones de su civilización. Se trata de la *facultad del hombre de ir más allá de sí mismo*, de trascender los límites de su ser físico". Esta facultad le permite "... entrar en una relación consciente, supra-corporal con el no-yo. Al reconocer un no-yo como entidad distinta, el hombre se coloca en el lugar del otro ser, llega a ser capaz de sentimientos 'vicarios'".<sup>17</sup>

Esto significa que puede establecer una relación entre él y el mundo a su alrededor, con la realidad humana y la no humana, pero sobre todo con la primera. "Es discernir y unir al mismo tiempo. Es la esencia misma de un ser que se preocupa por algo más que de sí mismo".<sup>18</sup>

Quien no se reconoce en otros y se diferencia de ellos de esta manera, no vive una existencia plenamente humana. En cierto sentido, se puede afirmar que se tendría una existencia más alejada de la humanidad plena y más cercana a la animalidad. Se puede comparar al gato de casa rica, mascota consentida, al que no le importa su congénere callejero, hambriento y pateado por el carniceiro de la esquina.

Es decir, el sentido verdaderamente humano de la vida reside en la *preocupación por sí mismo, pero a través de la pre-ocupación por los otros*. Es el sentido de la "otredad", es el *discernir y trascender*, es la sublimación de lo humano en el paso del "yo" al "nosotros", en el que somos "nos" y somos "otros".

En este sentido, la conciencia y la asunción de la *otredad* "me completa". Porque el hombre no es, sólo por sí mismo, *ni es completo* por sí mismo. "Se encuentra aquí la estructura dialéctica de la existencia. El individuo está siempre ligado a lo que no es él mismo. Jamás llega a estar absolutamente desvinculado y solitario. Eso que nosotros llamamos soledad no es sino una manera de estar ligado al otro y a las cosas".<sup>19</sup>

Pero además de esta relación, el hombre es, por definición, un ser *deficitario*, o mejor dicho, "*...el hombre es contingente o insuficiente por necesidad...*"<sup>20</sup> Ese carácter incompleto, que debe encontrar fuera de sí mismo la unidad perdida y una felicidad metafísica, fue percibido desde los pensadores de la Grecia clásica, y espléndidamente expresado por Platón en el mito de la "mitad perdida".<sup>21</sup> Es por ello que puede afirmarse, con Nicol, que "*...el otro no es más que el yo mismo reencontrado* (tanto bien como mal). Es por eso que lo reconozco siempre inmediatamente, como hombre, incluso cuando me es desconocido como individuo: simplemente, *yo me reconozco en él*".<sup>22</sup>

En este ámbito de posibilidades y carencias del ser humano, la historia es un conocimiento *sine qua non*: sólo a través del re-conocimiento de los procesos vivos, vitales, que son mis antecedentes, que me constituyen, me reconozco como parte de una comunidad, de un entorno cultural. Por conocer el pasado, entiendo el presente y me ubico en él.

Sólo de este modo puedo actuar con plena conciencia de mí y de mi entorno, entender y asumir los procesos sociales y tomar posición consciente respecto de ellos. Éste es el actuar *plenamente humano* al que me he referido antes; ésta es la conciencia histórica que es deber de los historiadores hacer evidente en los hombres y mujeres de su sociedad.

Se ha dicho antes que la existencia humana es histórica, y que lo es porque tiene como característica el ser temporal. En el transcurso temporal en que la existencia humana es, realiza hechos que, por ser humanos, son históricos. Puede decirse entonces que "... la historicidad es aptitud o capacidad de engendrar historia" y que "...el modo auténtico de la existencia supone el ejercicio autónomo de esa capacidad".<sup>23</sup>

De aquí se deriva entonces la posibilidad de hacer la historia, "... ya sea por la vía de la preocupación práctica, ya por el de la preocupación teórica, o científica". Y aún más: "... el verdadero fin del conocimiento histórico, como no podría ser de otro modo, es revelarle a la existencia su verdadera historicidad, al mostrar las posibilidades reales elegidas por las existencias que fueron ... distinguiendo en ellas lo único y lo que se repite (libertad y herencia)".<sup>24</sup>

Surge de aquí una nueva posibilidad: la historia reconocida permite al hombre reconocerse con plena humanidad en *los otros* y le permite, por otra parte, ejercer su historicidad, es decir, actuar con plena conciencia. Ambas facultades, *plenamente humanas* y *sólo humanas*, pueden realizarse en función de una posibilidad más del hombre: la previsión y la anticipación del porvenir. La conciencia histórica consiste precisamente en la realización de la temporalidad del ser humano en la conjunción del pasado y el futuro en una simbiosis que permite integrar el presente, como realización y como acción, orientadas siempre hacia la construcción del ámbito humano que adviene: el mundo que sigue o seguirá.

Los seres humanos tenemos posibilidad de intervenir en la formación del mundo del futuro. No es ésta una afirmación que peque de "espontaneísmo" o "voluntarismo", deformaciones contra las cuales previno Lenin con anticipación. No se trata, como dice Luis González, de encontrar en la ciencia histórica "...la lámpara de mano que nos permita caminar en la noche del futuro sin mayores tropiezos".<sup>25</sup>

Ninguna ciencia posee tal "lámpara teórica" para su desarrollo. Por el contrario, las acciones de los hombres y las mujeres en la sociedad forman parte de una práctica social o, como bien señala Carlos Pereyra, de modalidades específicas de ésta, a través de las cuales los seres humanos intervienen, conscientemente o no, en el desarrollo social. La función de la historia es posibilitar que tales acciones sean conscientes, en la medida en que "La *función teórica* de la historia (explicar el movimiento anterior de la sociedad) y su *función social* (organizar el pasado en función de los requerimientos del presente) *son complementarias*".<sup>26</sup>

La posibilidad de aplicar el conocimiento histórico a solucionar problemas del presente no es automática, ni mecánica; mal lo entienden así los lectores superficiales o de plano desconocedores de Marx y Engels. La comprensión de los problemas presentes, *primer paso para proceder a su solución*, sólo puede darse a través del re-conocimiento de su origen, causas, características... De otro modo dicho: el conocimiento histórico permite al ser humano desarrollar la conciencia de la posición personal dentro de su sociedad y la identificación necesaria para fundamentar su actuación solidaria en su devenir. "... los conocimientos producidos en la investigación histórica están en la base de las soluciones que se procuran en cada coyuntura".<sup>27</sup>



Así pues, el sentido, el por qué y el para qué de la historia es "... en esencia, dotar al hombre de una identidad. A través de ella, el hombre toma conciencia de sí mismo, no sólo por el conocimiento de su pasado, sino también por su propia práctica cotidiana. En tanto que el hombre se hace consciente de su propia naturaleza, va adquiriendo cierta responsabilidad sobre sus propios actos y, por lo tanto, cierta libertad. Resulta entonces que, en la medida de su evolución, la historia se convierte en un proceso liberador".<sup>28</sup>

Entonces, el conocimiento de la historia tendría que ser común a todos los hombres y mujeres, independientemente de los oficios que ejerzan, el grado escolar que alcancen, la edad que tengan y la clase social en que se ubiquen. De ahí la importancia que adquiere la difusión del conocimiento histórico, sea en su forma estrictamente escolar —en lo que puede entenderse formalmente como "enseñanza de la historia"— o en cualquier otra forma de comprensión, proyección y análisis, bien sea a través de los medios de difusión de masas, las conferencias, los artículos, los libros, los museos, el cine, el teatro o los que se quieran proponer.

Parafraseando a Pierre Vilar, de lo que se trata es de "enseñar a pensar históricamente". Con el mismo sentido se puede afirmar que la razón de enseñar historia es formar conciencia histórica en quien aprende; es decir, hacer que adquiera conciencia de la propia identidad, que sepa que su persona no es una hoja al viento, sino que está sustentada en el pasado individual, pero también integrada al entorno social del que forma parte: primero local, después nacional y más aún "...una totalidad que la abarca y de la cual forma parte: la comunidad restringida de otros hombres primero, la especie humana después y, tal vez en su límite, la comunidad posible de los entes racionales y libres del universo".<sup>29</sup>

Otros elementos habrán de agregarse para fundamentar la razón y el sentido del enseñar historia, en una segunda parte. Baste por ahora esta primera aproximación, que espera cumplir su propósito de dar motivo de reflexión y, ojalá, de discusión, entre los cultivadores de Clío.

Ciudad Universitaria  
Agosto, 1993

## NOTAS

<sup>1</sup> Edmundo O'Gorman. *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*. México, UNAM, 1947 p. XI.

<sup>2</sup> *Ibidem*, p. XI-XII.

<sup>3</sup> Cfr. Martha Harnecker. *Los conceptos elementales del materialismo histórico*. México, Siglo XXI, edit., 1958. También Georges Politzer. *Cursos de Filosofía; principios elementales y principios fundamentales*. México, Ed. de Cultura Popular, 1973. *Passim*.

- <sup>4</sup> Jean Chesneau. *¿Hacemos tabla rasa del pasado? A propósito de la historia y de los historiadores*. Trad. Aurelio Garzón del Camino. 11a. ed. México, Siglo XXI, edit., 1990, p. 9.
- <sup>5</sup> E. O'Gorman, *op. cit.*, p. XII.
- <sup>6</sup> John D. Bernal. *La ciencia en nuestro tiempo*. Trad. Elí de Gortari. 2a. ed. México, UNAM/Editorial Nueva Imagen, 1979, p. 243.
- <sup>7</sup> J. Chesneau, *op. cit.*, p. 10.
- <sup>8</sup> Juan Brom. *Para comprender la historia*. 59a. ed., corr. y aum. México, Editorial Nuestro Tiempo, 1991, p. 39.
- <sup>9</sup> Luis Fernando Granados. "Las tres prácticas didáctiles" *Reporte semestral para Didáctica de la Historia*. 5o. Semestre de la Licenciatura en Historia. Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, Septiembre, 1990. p. 7.
- <sup>10</sup> Eduardo Nicol. *La idea del hombre*. México, Fondo de Cultura Económica, 1977 (Sección de Obras de Filosofía), p. 26.
- <sup>11</sup> Martín Heidegger. *El Ser y el tiempo*. Trad. José Gaos. México, Fondo de Cultura Económica, 19 (Sección de Obras de Filosofía), *passim*.
- <sup>12</sup> O'Gorman, *op. cit.*, p. 207.
- <sup>13</sup> Fausto Hernández Murillo. Programa para la asignatura *Antropología Filosófica I y II*. México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM. Licenciatura en Pedagogía, 1991, Mec., pp. 1-2.
- <sup>14</sup> Cf. Juan Manuel Silva Camarena. *Autognosis. Esquemas fundamentales de la filosofía del hombre*. México, Editorial de Letras, Ideas e Imágenes, 1986.
- <sup>15</sup> Eduardo Nicol, *op. cit.*, p. 40.
- <sup>16</sup> Cf. Erich Kahler. *Historia universal del hombre*. Vers. esp. Javier Márquez. México, Fondo de Cultura Económica, 1943 (Sección de Obras de Historia), p. 21.
- <sup>17</sup> *Ibidem*.
- <sup>18</sup> *Ibidem*.
- <sup>19</sup> Eduardo Nicol, "Vocación y libertad". En: *Ideas de Vario linaje*. México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 1990. (Seminario de Metafísica, Colegio de Filosofía), p. 285.
- <sup>20</sup> *Ibidem*, p. 286; subrayado del autor.
- <sup>21</sup> Cf. Platón. *El Banquete*. Existen múltiples ediciones.
- <sup>22</sup> Eduardo Nicol, *Vocación...*, p. 287.
- <sup>23</sup> E. O'Gorman, *op. cit.*, p. 207.
- <sup>24</sup> *Ibidem*, p. 217.
- <sup>25</sup> L. González, "De la múltiple utilización de la historia". En: Carlos Pereyra *et al.* *Historia, ¿para qué?* México, Siglo XXI, editores, 1980 (Historia), p. 71.
- <sup>26</sup> C. Pereyra. *Historia, ¿para qué?*, p. 28.
- <sup>27</sup> *Ibidem*.
- <sup>28</sup> Beatriz Alcubierre Moya. *Reporte semestral de Didáctica de la historia I*, 5o. semestre de la Licenciatura en Historia, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, Marzo, 1992.
- <sup>29</sup> Luis Villoro, "El sentido de la historia". En: C. Pereyra *et al.* *Historia, ¿para qué?* *cit.*, p. 52.